

V.V. A.A., *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (Coordinación a cargo de M.E. Aubet Semmler), Sabadell, 1989 (edit. AUSA), 591 pp. ISBN: 84-86329-48-5.

Con una presentación que se pretende impecable y un enfoque predominantemente arqueológico, la monografía objeto de esta reseña recoge un amplio elenco de investigadores, entre los que se cuentan algunos trabajos de unos pocos especialistas ajenos a la arqueología, y presenta en su conjunto un carácter un tanto desigual, propio a casi todas las obras de este tipo. Puesto que toda reseña que se precie de tal, aspira a ser ante todo un comentario crítico, permítaseme iniciar el mío con una reflexión preliminar sobre aquellos aspectos que, en general, y desde un enjuiciamiento no sólo arqueológico sino también histórico-antropológico, resultan, en mi opinión, menos convincentes. Se trata precisamente de cuestiones de enfoque, que condicionan a menudo la interpretación de la documentación presentada; cuestiones, por otra parte, ampliamente difundidas y aceptadas, y deudoras en muchos casos de paradigmas difusionistas e historicistas, propios de anteriores etapas de la investigación aún no del todo superadas¹. Destacan particularmente, en este sentido, planteamientos, que luego comentaré con más detalle, como el que caracteriza la rápida aceptación por parte de las poblaciones autóctonas de las influencias culturales aportadas por los colonizadores mediterráneos, lo que a su vez implica la aceptación, explícita o no, del papel esencialmente pasivo de las gentes de Tartessos frente a la introducción de elementos y pautas culturales alóctonas; la valoración en ocasiones destacadamente positiva y “necesaria” de la aculturación orientalizante; o la misma caracterización de Tartessos como una cultura compleja y muy elaborada, incluso antes de ser detectados los contactos de índole colonial mediterránea.

Comienza la obra con una aproximación breve pero necesaria, y por lo demás suficiente, sobre los condicionamientos geográficos del mundo tartésico, que corre a cargo de F. Díaz del Olmo (“Paleogeografía tartésica”, pp. 13-23), seguida de un trabajo de síntesis a cerca de la información que proporcionan las tradiciones literarias, y que es debido a la pluma de J. de Hoz (“Las fuentes escritas sobre Tartessos”, pp. 25-43). Ambos integran una primera parte del libro de carácter introductorio: El marco histórico-geográfico. Merece la pena destacar las aportaciones más significativas en el tratamiento de las fuentes literarias que realiza de Hoz, que como filólogo incide en cuestiones de trascendental interés que frecuentemente pasan inadvertidas para aquellos investigadores de formación estrictamente arqueológica. El rechazo a aceptar la realidad de un cierre del Estrecho por parte de los púnicos sobre la base de textos poéticos, y en particular de Píndaro (pp. 30-1) constituye una de ellas, lo que ya había sido antes perspicaz y oportunamente señalado por algún historiador², aunque no siempre asumido por la investigación arqueológica predominante; así mismo, la necesaria matización en cuanto al empleo de términos como *polis* o *basileus*, que utilizados en un sentido muy amplio por autores como Herodoto o Hecateo (pp. 32-3), apenas permiten una caracterización precisa, por lo que nos permiten profundizar, sin el auxilio de otra documentación contrastada, en el carácter y contenido de las estructuras económicas, sociales y políticas de Tartessos (que personalmente percibo como una cultura marcadamente aldeana con un modo de producción doméstico como forma de organización económica más extendida); así también, el reconocimiento de que el célebre pasaje de Justino sobre Gágoris y Habis no contiene apenas información histórica de importancia, si bien aquí el autor se manifiesta en un cierto

1. WAGNER, C.G., “Tartessos en la historiografía. Una revisión crítica”, *La Colonización fenicia en el Sur de la Península Ibérica. Problemas teóricos y perspectivas de estudio*. Almería, e.p..

2. DOMINGUEZ, A.J., “Píndaro y las Columnas de Hércules”, *Actas del I Congreso Internacional “El Estrecho de Gibraltar”*, Vol. 1, Madrid, 1988, pp. 716-724.

desacuerdo con quienes anteriormente habían sostenido tal posibilidad (García y Moreno, 1979; Wagner, 1986). Crítica de Hoz de tales estudios previos el que no se reconozca el carácter originariamente tartésico del mito en cuestión, en lo que realmente bien puede ser que esté en lo cierto, pero ello no modifica de forma importante las conclusiones ya obtenidas, cuando él mismo afirma que: "...esto no quiere decir que se pueda dar un paso del mito tartésico a la realidad histórica tartésica, como a veces se ha hecho incluso en investigaciones modélicas; Justino nos informa exclusivamente sobre la imaginación de los tartesios, no sobre las realidades de su historia, ya que, aún aceptando que podamos atribuir a los tartesios los distintos rasgos definidores de una cultura que aparecen en el mito, sólo tendríamos derecho a concluir que estos rasgos existían en la cultura tartésica en el momento en que se crea el mito, y no el proceso de creación que el mito describe se haya dado realmente, pero la mayor parte de esos rasgos son atribuibles a un momento relativamente arcaico de la cultura tartésica por diversos testimonios muy anteriores a Trogo, y en cuanto a la existencia de mitos sobre héroes civilizadores, se trata de un rasgo demasiado extendido entre las más diversas culturas como para que aporte gran cosa a la definición de la tartésica" (p. 40). Recoge de Hoz, en cambio, como realmente significativo del texto de Justino, la oposición entre trabajos propios de libres y aquellos otros de carácter servil "...y por lo tanto, la contraposición de dos grupos sociales, y la distribución de los tartesios en comunidades que tendrían algún tipo de entidad política y que podían ser asimiladas a ciudades" (*ibid*). En cualquier caso, creo que tales cosas son propias también de muchas sociedades no enteramente urbanas, como ocurre en las denominadas jefaturas avanzadas y complejas³. Finalmente, cabe resaltar de su trabajo la ponderada valoración de la *Ora Maritima* de Avieno, cuyo valor informativo ha sido hiperexagerado en muchas ocasiones: "Básicamente nos encontramos ante un poeta que, sin interés ninguno por la verdad histórica, nos transmite en función de sus particulares intereses poéticos informaciones que a menudo no comprende en absoluto" (p. 43); en lo que también viene a coincidir Pellicer en otro lugar de esta misma obra (p. 182).

A continuación, una segunda parte del libro, titulada: La formación del mundo tartésico. Los precedentes prehistóricos del segundo milenio a. C., recoge varios trabajos que versan sobre las raíces autóctonas del mundo tartésico, hasta ahora poco estudiadas y peor conocidas. Constituye, sin embargo, un avance significativo frente a posturas anteriores de marcado cariz difusionista, este empeño por desentrañar cuáles fueron los orígenes locales durante la Edad del Bronce de la posterior cultura tartésica. El primero de ellos corresponde a M^a R. Serna ("El vaso campaniforme en el Valle del Guadalquivir", pp. 47-84), que reconoce que la información disponible resulta por lo general poco explícita para asegurar una correcta interpretación del horizonte campaniforme, si bien parece sugerir una continuidad en el tipo de poblados y patrones de asentamiento. Luego A. Caro Bellido ("Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir", pp. 85-120), apoyándose en recientes datos estratigráficos procedentes de la Mesa de Setefilla (Lora del Río, Sevilla), Cerro Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz) y Lebrija (Sevilla), destaca que tras la desaparición del campaniforme en torno al 1750-1700 a. C. emerge un complejo cultural nuevo y bien diferenciado, característico de la Edad del Bronce, que marca la ruptura con el Cobre anterior, y señala los inicios de un Bronce Antiguo y, más tarde, Pleno, aún insuficientemente conocido, pero que en modo alguno debe ser considerado como un paréntesis o época oscura entre dos momentos de apogeo (p. 103); aunque prospecciones realizadas recientemente en el área del Bajo Guadalquivir sugieren un descenso importante de asentamientos que cabría interpretar como una posible ruptura inicial de la continuidad

3. WAGMER, C.G., "La jefatura como instrumento de análisis del historiador. Cuestiones teóricas y metodológicas", *Espacio y organización social*, Madrid, 1990, pp. 91-108.

poblacional, y cuyas causas podrían radicar en fenómenos de índole climática que mermaron los recursos naturales existentes y provocarían un descenso del nivel de las aguas atlánticas.

A pesar de su indudable interés, que fundamentalmente estriba en el reconocimiento de una singularidad cultural para el Bronce Antiguo y Pleno, que hasta ahora se venían concibiendo como una mera continuación del horizonte campaniforme por un lado, y de intrusiones de las culturas de Cogotas I y del Argar, por otro, el trabajo de Caro Bellido adolece, en mi opinión, de una cierta incongruencia en lo que a la interpretación de los sistemas y costumbres funerarias se refiere. Subraya el autor la inhumación, bien individual o colectiva, como la práctica característica y generalizada durante el Bronce Antiguo (p. 109), mientras que la ausencia de datos relativa al Bronce Pleno y también al Bronce Final, es suplida con la consideración de que las posteriores incineraciones tartésicas orientalizantes no son fruto de la aculturación, en lo que coincido con él, sino de un anterior sustrato incinerador local muy influido por los contactos cada vez más frecuentes con las culturas metalúrgicas atlánticas contemporáneas, habida cuenta que los colonizadores fenicios serían básicamente inhumadores (p. 116). Es sobre este punto que me permito discrepar. Un excelente y muy reciente estudio⁴ muestra precisamente lo contrario: el predominio de la incineración durante la fase arcaica de la colonización fenicia. En este mismo contexto y anticipándome un tanto al contenido de la obra, no creo adecuado seguir manteniendo el carácter tartésico de necrópolis como Frigiliana, como sostiene páginas más adelante M.M. Ruiz (p. 255), que se apoya en Aubet quien ya señaló sus importantes similitudes con otras necrópolis similares características del ámbito tartésico orientalizante. Los recientes descubrimientos en Ibiza obligan a reconsiderar una vez más la cuestión (y a devolverle a Frigiliana el carácter originariamente fenicio con que fue publicada por sus excavadores), pues resulta difícil admitir una colonización tartésica de la isla, o que el impacto cultural fenicio, actuando sobre sustratos autóctonos totalmente diferentes, haya podido producir en uno y otro caso un resultado similar.

El tercero y último de los trabajos que componen esta segunda parte del libro se debe a J.C. Martín de la Cruz ("El Bronce en el Valle Medio del Guadalquivir", pp. 121-143) quien señala que es necesario hacer especial hincapié en lo mucho que se desconoce, por lo que indica que se está aún muy lejos de poder resolver los diversos interrogantes que una interpretación necesariamente subjetiva de la escasa información disponible plantea. Tras admitir la posibilidad de una aculturación muy superficial procedente del Argar en un momento que parece más avanzado que antiguo, así como la larga pervivencia del campaniforme y la probable continuidad del enterramiento colectivo en la Campiña, considera este autor que las estelas decoradas que aparecen en esta zona del valle medio del Guadalquivir debían estar asociadas a enterramientos de inhumación, lo que constituye una opinión bastante defundida, al tiempo que reconoce probable la existencia de un cierto sustrato incinerador, apoyada sobre la presencia constatada de incineraciones en Almería y discutidas (en cuanto a su origen) en Jaén (p. 135). Un Bronce Reciente prefenicio estaría caracterizado por la aparición de elementos (cerámicos) propios de la cultura meseteña de Cogotas I, cerámicas de importación, con algunos fragmentos de origen micénico, y la constatación por vez primera de una metalurgia de bronce.

A partir de ahora, se abordan en el libro objeto de esta reseña, aspectos y problemas de una significación esencial para una cada vez más necesaria interpretación del proceso histórico de Tartessos, más allá de la mera descripción de los materiales arqueológicos de diversa índole que constituyen el grueso de la documentación. Es por ello que penetramos en terreno abonado para la polémica. Pero el debate es tanto más necesario, cuanto que en demasiadas ocasiones la valoración de la información arqueológica arranca, como dije al principio, de concepciones, cuanto menos, discutibles, que no

4. GOMEZ BELLARD, C. *et alii*, *La colonización fenicia de la isla de Ibiza*, Madrid, 1990, pp. 151-172.

suelen tener muy en cuenta planteamiento de índole histórica y antropológica (como los elementos significativos de la complejidad cultural, el carácter integrado y no formal de la economía antigua, al limitado alcance de las actividades de mercado y de la oferta/demanda, las formas específicas de la propiedad y el acceso a los recursos en los modos de producción, los mecanismos del cambio cultural, o el carácter claramente asimétrico de las relaciones introducidas por el contexto colonial y las interacciones culturales resultantes como formas de dominación económica, por poner algunos ejemplos), con lo que aún se ofrecen interpretaciones sesgadas cuyo principal inconveniente reside en que incurren en más interrogantes que incógnitas resuelven.

Así, persiste aún la noción, y como tal se defiende en algunos de los trabajos que nos ocupan, de una notable complejidad cultural tartésica anterior a la presencia de elementos coloniales mediterráneos (J. Fernández Jurado, "La orientalización de Huelva", pp. 339-373, esp. p. 350 ss.); idea que no termina de encajar bien con los distintos testimonios con que contamos, y que en otras ocasiones obligan al investigador a mostrarse mucho más cauto (M. Pellicer Catalán, "El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental", pp. 147-187, esp. p. 157 y 182). Poblados de cabañas, cerámicas a mano, escasa o muy localizada actividad metalúrgica, no parecen ser elementos que ayuden a definir ningún tipo realmente significativo de complejidad cultural. Por otro lado, el que las comunidades aldeanas del Bronce Final del S.O. manifiesten un crecimiento demográfico y una incipiente jerarquización interna, como sugieren las joyas y las estelas decoradas, de las que aquí se ocupa J.A. Barceló ("Las estelas decoradas del sudoeste de la Península Ibérica", pp. 189-208) que él interpreta como genuinamente tartésicas en contra de otras argumentaciones⁵, y que así mismo se asista a un emerger de relaciones y contrastes centro/periferia que tiene que ver con la distribución espacial de los recursos y de las posibilidades de comunicación, no es sinónimo necesariamente de un alto grado de desarrollo tecnológico y de una compleja organización social. Parece más bien que la cuantificación acrítica y una visión sesgada y esquemática de los procesos que tuvieron lugar durante aquel periodo ha vuelto a hacer, en algunos casos, de las suyas. En este sentido, es significativo el que poblados con trazas de actividad metalúrgica, como San Bartolomé de Almonte, no proporcionen indicios de ésta, hasta el momento en que se documentan por vez primera los objetos procedentes de la periferia colonial. No existen por otra parte indicios de un aprovechamiento de la plata durante el periodo anterior a la presencia de los colonizadores (Ruiz Mata, "Huelva: un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final", pp. 209-243, esp. p. 233), salvo datos de última hora⁶ que sugerirían que las técnicas de copelación y beneficio de la plata eran conocidas en la región desde mediados del segundo milenio. Pero ello no quiere, por cierto, decir que fueran intensivamente aprovechadas (de lo que, hoy por hoy, no se dispone de indicios), ni que la metalurgia tartésica de la plata fuera necesaria consecuencia de un irreversible proceso histórico heredado de periodos anteriores.

Precisamente los poblados dedicados a los trabajos mineros o metalúrgicos, o a ambos, y con control del acceso a los distritos mineros, presentan signos inequívocos de una organización doméstica del trabajo. Y si bien se constata una especialización funcional que los caracteriza, en contraste con otros asentamientos dedicados a las labores agrícolas, es asumible para la mayoría su carácter estacional (Ruiz Mata, p. 214 ss.), lo que sugiere de por sí una muy precaria especialización del trabajo. En las poquísimas veces que nos encontramos con un asentamiento metalúrgico que revela trazas de una

5. FERNANDEZ MIRANDA, M. "La estela de Las Herencias (Toledo)", *Homenaje a A. Beltrán*, Zaragoza, 1987, p. 474.

6. PEREZ, J.A. y FRIAS, C. "La necrópolis de cistas de La Parrita (Nerva, Huelva) y los inicios de la metalurgia de la plata en las minas de Río Tinto", *Cuadernos del Suroeste* 1, 1989, pp. 11-21.

importante especialización productiva, como es Tejada, su carácter básicamente colonial, como se puede deducir de muchos indicios (Ruiz Mata, p. 229; Fernández Jurado, p. 353) habla por sí sólo.

Me reafirmo, pues, ante todo ello, en el muy probable carácter aldeano de los asentamientos tartésicos que encontramos en el S.O. durante el Bronce Final o Reciente, como aquí también parecen aceptar algunos investigadores (Pellicer Catalán, "El Bronce Reciente..." *cit.*, p. 182); e incluso, añadido, durante el orientalizante. Ni los más recientes descubrimientos arqueológicos, ni la información literaria, como hemos visto, lo contradicen. A tal respecto, la investigación arqueológica sobre Tartessos no ha prestado siempre la suficiente atención a los problemas de interpretación que plantea un fenómeno tan complejo como el urbanismo y los factores que producen su aparición, ya que no se trata simplemente de la localización de relativamente grandes aglomeraciones de hábitat concentrado, aunque estén dotadas de construcciones de planta rectangular dispuestas en torno a "calles" o espacios abiertos, sino de constatar la existencia de contrastes residenciales y funcionales en el espacio, que correspondan a una estratificación del yacimiento. Dicho en otros términos: la ciudad es el corolario espacial de la especialización funcional, y esto es algo que se documenta, y parcialmente, sobre todo en Huelva, donde precisamente se ha sugerido la presencia de un activo núcleo de orientales⁷. La ausencia de excavaciones extensas en los poblados tartésicos, de los que contamos con muy pocos datos fiables a cerca de su organización (Pellicer, p. 170) constituye en sí un importante obstáculo para una valoración ajustada en un sentido estrictamente arqueológico. No tanto para una valoración histórico-antropológica del problema; y así, el carácter según parece predominante de una forma de producción doméstica, en la que el utillaje lítico encuentra una significativa pervivencia (lo que muchas veces se silencia) viene a apoyar también el punto de vista según el cual, el modelo aldeano es el propio de estos asentamientos tartésicos, de los que ya Blázquez⁸ había dicho que no desarrollaron una cultura especialmente elaborada y compleja durante el Bronce Final. Por otra parte, por más que se insista en el impacto del comercio colonial y la introducción de nuevas tecnologías (que no fue general ni acelerada) como acicate para el desarrollo urbano, se obvia lo que constituye casi una premisa básica en el pensamiento antropológico acerca del surgimiento de las ciudades; y es que, si bien cabe esperar la presencia de una ciudad en el punto de convergencia de varias rutas comerciales (lo cual, de hecho, ocurre), el comercio sólo no puede ser tomado por explicación unifactorial.

El auge de Tartessos, al que se dedica una cuarta parte del libro titulada: El apogeo de Tartessos. El periodo orientalizante (750-550 a.C.), se concibe todavía en gran medida como una respuesta local a influencias culturales externas. Un acentuado difusionismo con una cierta carga historicista no deja de estar presente cuando se identifica el apogeo de Tartessos con las consecuencias de la colonización fenicia; y en relación a ello, supone al menos un cierto avance el que la posterior presencia comercial griega no sea juzgada ya en términos de hostil competencia (Fernández Jurado, p. 359; R. Olmos, "Los griegos en Tartessos: una nueva contrastación entre las fuentes arqueológicas y las literarias", pp. 495-521, esp. p. 509, en donde la actividad comercial focense se define como fundamentalmente empórica). Frecuentemente, a lo largo de las páginas que reseñamos, la aculturación fenicia se considera intensa, unas veces rápida (D. Ruiz Mata y C. Pérez, "El túmulo 1 de la necrópolis de «Las Cumbres» (Puerto de Santa María, Cádiz)", pp. 287-295, esp. p. 293), mientras que otras se matiza como paulatina (Fernández Jurado, pp. 346 ss.) pero profunda, y se piensa igualmente que la inclusión del S.O. peninsular en el ambiente orientalizante característico por aquel entonces del Mediterráneo es un signo de "progreso", y como tal, el impacto de la presencia colonial fenicia se juzga en general positivo. En

7. GARRIDO, J.P. "Mundo indígena y orientalizante en la región del Tinto-Odiel", *AEspArq.*, 52, 1979, pp. 39-48.

8. BLAZQUEZ, J.M., *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, p. 1-275.

alguna ocasión, sin embargo, se alude al carácter selectivo, y por tanto no generalizado, de tal aculturación (Fernández Jurado, p. 353), sobre todo en lo que concierne a la observación de los ritos y estructuras funerarias (Caro, p. 116; M.M. Ruiz, "Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías", pp. 247-286).

Aunque el empleo del concepto de aculturación está cada vez más en boga para definir el impacto de las influencias culturales externas sobre las gentes de Tartessos, no es menos cierto que aún se continúa utilizando de una manera acríticamente globalizadora y metodológicamente apresurada, lo que da pie a excesivas generalizaciones, que una vez más reposan en las deficiencias de la simple cuantificación positivista, y bajo las que continúa subyaciendo la vieja idea de la evolución histórica como progreso necesario. Se confunde también aculturación con difusión cultural; y así, la presencia de "lujosas" manufacturas fenicias en algunos enterramientos de las necrópolis tartésicas sigue interpretándose como un síntoma de aculturación, si bien no falta quien más atinadamente matiza mucho su alcance real (P. Rufete Tomico, "La cerámica con barniz rojo de Huelva", pp. 375-394, esp. p. 392). Dentro de este panorama, merece la pena ser señalado que la escritura tartésica, de la que se ocupa de Hoz en un segundo y extenso trabajo situado al final del volumen ("El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional", pp. 523-587), no sea ya considerada como un indicio de fuerte aculturación (p. 549), sino como un instrumento más de control en manos de un reducido grupo social de carácter elitista.

No siempre se llegan a comprender los mecanismos de la aculturación, responsables en última instancia del cambio cultural. Es en este sentido que se sobrevalora aún en exceso el papel del comercio, que por el contrario raramente acultura, y sólo de forma aislada se reconoce "la cada vez más evidente posibilidad del desarrollo de una auténtica colonización por parte de gentes procedentes de diversas zonas del Mediterráneo oriental que de forma aún no suficientemente explicada, se va a hacer con el control económico y comercial, posiblemente político, de esta zona..." (Ruiz, p. 282). En una posición similar se pronuncia J.L. Escacena ("Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida", pp. 433-476), para quien se trataría de la llegada de colonizadores orientales básicamente no fenicios que, instalados también en el interior (incineraciones bajo túmulo), arrebatarían el protagonismo a la población autóctona local, muy relacionada con los círculos culturales atlánticos, que sólo lo recobraría en la posterior etapa turdetana. Admito y defiendo desde hace tiempo la posibilidad de una colonización fenicia (en su sentido más amplio) en el interior de Tartessos. Es ésta una cuestión en la que algunos hemos venido insistiendo⁹ y que últimamente ha merecido un estudio detallado¹⁰; pero mi posición personal descarta que tal colonización interna, mezcla de intereses agrícolas con la necesidad de dinamizar los intercambios con las poblaciones autóctonas locales constituya un factor de progreso.

Así mismo, cada vez resulta más aceptado que muchos de los materiales orientalizantes que antes se consideraban de manufacturación tartésica, especialmente objetos suntuosos destinados a las élites locales como los bronceos, las joyas o los marfiles, son obra en realidad de talleres fenicios occidentales ubicados en Gadir, Huelva, Carmona¹¹, o incluso en la periferia tartésica hasta donde no sólo llegaron las influencias orientalizantes sino los propios artesanos fenicios como prueban los trabajos de J. Pereira Sieso ("Nuevos datos para la valoración del hinterland tartésico. El enterramiento de la casa

9. WHITTAKER, C.R., "The Western Phoenicians: Colonization and Assimilation", *PCPhyS*, 200 (ns 20), 1974, pp. 58-79; Wagner, C.G., "Aproximación al proceso histórico de Tartessos", *AEspArq*, 56, 1986, pp.24 ss; Belén, M., "Importaciones fenicias en Andalucía Occidental", *AuO*, IV, 1986, p.274.

10. WAGNER, C.G. y ALVAR, J., "Fenicios en Occidente: la colonización agrícola", *RSF*, XVII, 1, 1989, pp. 61-102.

11. AUBET, M.E., "La aristocracia tartésica durante el periodo orientalizante", *Opvs*, III, 1984, p.453; Belén, M., "Importaciones...", pp. 266-269.

del Carpio (Belvis de la Jara Toledo”, pp. 395-409, en el que se señala “que la confluencia de semejanzas parece avalar la hipótesis de que El Carpio sería un jalón de un circuito de intercambio y relaciones muy fluídas entre grupos del Occidente de la cuenca del Tajo y de Andalucía occidental, reforzado por alguna de las actividades económicas básicas de los grupos indígenas como puede ser la ganadería trashumante”, p. 401) y de A. González Prats (“Dos bronce fenicios de la colección Candela: aportación al conocimiento de la orfebrería e iconografía orientalizante de la Península Ibérica”, pp. 411-430) en este mismo volumen. Por otro lado creo, que las élites tartésicas permanecieron básicamente autóctonas, si bien un tanto orientalizadas, lo que es lo mismo que decir parcialmente aculturadas.

Por mi parte, creo que la aculturación, que reviste una mayor complejidad de lo que normalmente se advierte, no fue rápida ni generalizada, ni siempre intensa en Tartessos, y que no tuvo ese carácter de “progreso” que con alguna frecuencia aún se le atribuye. Se olvida demasiado a menudo que la aculturación, como marco en que se inscriben los distintos fenómenos y procesos de interacción cultural en Tartessos, se produce en un contexto de intercambio desigual con las implicaciones de dependencia tecnológica y económica que ello supone. Esta dependencia se percibe en hechos tales como el que la manufactura de los llamados bronce “orientalizantes” o tartésicos y otros elementos suntuarios similares no se constata hasta que se detecta la presencia activa de los colonizadores, y que desaparezca con la crisis y posterior reorganización de los asentamientos fenicios a finales del siglo VI a.C.; esto es, con la disolución del orientalizante. La nueva “riqueza” se concentró principalmente en las élites tartésicas¹² reforzando en este modo la estructura jerárquica de la sociedad aldeana preexistente que al mismo tiempo adquiriría mayor complejidad, lo que bastante a la larga habría de dar lugar a una incipiente estratificación. El resto de la población no parece haberse beneficiado de la pretendida situación de despegue económico, como parece manifestarse en el registro arqueológico, y el resultado en su conjunto resulta más próximo a una desestructuración de consecuencias no tan halagüeñas que a cualquier otra cosa. No creo que la concentración de la riqueza en un reducido grupo social marcadamente elitista, junto a la añadida dependencia tecnológica y económica, puedan ser interpretados como síntomas de clase alguna de progreso.

Contrariamente a lo que todavía se pretende, como hace aquí Fernández Jurado (p. 350), no existen indicios seguros de urbanismo, sino tan sólo de la sustitución de los poblados de cabañas redondas por otros de casas rectangulares. Es cierto que hay cambios, que afectan también al tamaño de aquéllos, pero la especialización funcional del espacio en un mismo asentamiento sólo se constata (como en Huelva y Tejada) allí donde otros indicios permiten sospechar una activa presencia colonial; a lo que se suma el reconocimiento por parte de algunos investigadores, como aquí mismo Pellicer (p. 157), de que la metalistería tartésica parece ser en realidad un mito creado por la erudicción, habida cuenta del escaso volumen de objetos, en contraste con la prodigalidad metalística de otras culturas coetáneas europeas.

Sólo a raíz de una confusión entre los procesos de aculturación y los fenómenos de difusión cultural, y de una metodología centrada en la cuantificación acrítica, se puede seguir insistiendo en una aceptación extendida, y más o menos pasiva, de nuevas formas de vida que llevaría a una reorganización de la sociedad tartésica en su conjunto. Y sólo desde la confusión teórica se puede considerar que un factor de semejante desarrollo radicó en la introducción de una economía de mercado regida por la ley de la oferta y la demanda (Fernández Jurado, pp. 351 ss.). Como tampoco es éste el lugar para

12. BISI, A.M., “Elementi orientali e orientalizzanti nell’artigianato tartessio”, *RSF*, III, 2, 1980, p.234; Aubet, M.E., “La aristocracia...”, p. 447.

extendernos en una discusión acerca del carácter de las economías antiguas, bastará recordar los conocidos trabajos de Finley, Polanyi o Sahlins al respecto, y las más concretas y recientes aportaciones de Austin y Vidal-Naquet¹³, Liverani¹⁴, así como Garnsey y Saller¹⁵.

Partiendo de tales supuestos, que considero erróneos, no resulta difícil comprender que todavía se continúe insistiendo en el carácter complejo de las estructuras de poder en Tartessos, ni que se insista en la presencia de una estratificación acusada, que se percibiría por ejemplo en los enterramientos suntuarios de la Joya (Fernández Jurado, p. 350), pero que en realidad no se documenta en lugar alguno, constatándose en cambio y mayoritariamente durante el orientalizante una progresiva jerarquización que dará lugar con el tiempo a una estratificación incipiente, algo que ya había sido observado¹⁶. En tal sentido, testimonios arqueológicos antiguos pero inéditos y otros más próximos que se recogen también en las páginas del volumen que reseñamos (M.E. Aubet Semmler, "La Mesa de Setefilla: la secuencia estratigráfica del corte 1", pp. 297-338; Ruiz Mata y Pérez, pp. 292 ss.), no contradicen aquellos datos conocidos desde tiempo atrás (aunque insuficientemente valorados), y sugieren la pervivencia de una sociedad estructurada fundamentalmente en torno al parentesco, que no presenta contrastes amplios ni acusados en la distribución de la riqueza hasta un momento muy avanzado, si bien algunos individuos, más que grupos o sectores sociales, parecen haberse beneficiado indudablemente de un acceso diferencial a los recursos y a los bienes de prestigio. Una sociedad, en definitiva de rango y jerarquía (Aubet, p. 311), que es algo esencialmente distinto de una sociedad estratificada. Tal es lo que se constata en la necrópolis colectiva del túmulo 1 de "Las Cumbres" (Puerto de Santa María, Cádiz), corroborado por lo observado en Setefilla, donde precisamente Aubet (pp. 307-8 y 311) destaca la existencia de "indicios de jerarquización en términos de unidades de residencia" en un momento tardío que coincide "con el final del desarrollo de los elementos característicos del Orientalizante tartésico", cuando precisamente las influencias externas dejan de ser orientales. Pero ocurre que a los errores metodológicos responsables de considerar compleja y muy elaborada a la cultura aldeana local del Bronce Final, de interpretar como generalizada, rápida e intensa la aculturación, o de constatar urbanismo sobre la simple presencia de estructuras de habitat de planta cuadrangular, se añade también una concepción realmente simplista de lo que es y lo que implica la estratificación, por lo que incluso se pretende a veces percibirla sobre la simple y exclusiva presencia de enterramientos individuales (Barceló, p. 205).

La quinta y última parte del libro, El epílogo: los Turdetanos, contienen dos trabajos que tienen que ver con dicho título, el ya antes mencionado de Escacena y otro de J. Pereira Sieso ("Necrópolis ibéricas andaluzas. Nuevas perspectivas en su valoración y estudio", pp. 477-494), y otros dos (los también mencionados de Olmos sobre la presencia griega en Tartessos, a la que se atribuye un cierto grado de dinamización, y de Hoz sobre la escritura y lenguas meridionales) que difícilmente justifican su inclusión en este apartado. Aunque en alguna ocasión el final de Tartessos aparece vinculado preferentemente a acontecimientos de índole externa (Escacena, 1989: 439 ss.), resulta significativo el que comience a valorarse la existencia de unas causas internas para explicar la desaparición (si realmente es ésta la palabra que debemos emplear) del mundo tartésico. El progresivo agotamiento de los filones de mineral más superficiales que concluiría, junto con la tecnología de extracción al uso, en una cada vez más escasa rentabilidad minera, es utilizado como el argumento preferente por quienes tratan

13. AUSTIN, M. y VIDAL-NAQUET, P., *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona, 1986, pp. 17-32.

14. LIVERANI, M., *Antico Oriente. Storia, società, economia*, Bari, 1988, pp. 50-54.

15. GARNSEY, P. y SALLER, R., *El imperio romano. Economía, sociedad y cultura*, Barcelona, 1991, pp. 57-80.

16. AUBET, M.E., "Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante tartésico", *Pyrenae*, 13-4, 1977/8, pp. 94 ss; *Eadem*, "la aristocracia...", pp. 447 ss; Wagner, C.G., "Aproximación...", pp. 12 ss.

la cuestión (Fernández Jurado, 1989: 360) aún fuera de esta parte final del libro. Pero, con suponer ello un avance frente a las soluciones externas tan extendidas en otro tiempo, implica todavía y en mi opinión un excesivo esquematismo. La crisis minero-metalúrgica fue seguramente uno de los factores que motivó la decadencia y disolución de los rasgos más característicos propios del “orientalizante”; pero probablemente tampoco fue el único. El aumento demográfico constatado durante dicho periodo debió repercutir significativamente en una intensificación de la producción agrícola que, con la tecnología al uso, bien pudo terminar produciendo una caída en la eficacia y un descenso en los rendimientos. Importa, por ello, seguir investigando para encontrar las restantes causas que propiciaron el “fin” de Tartessos. Un final que parece pausable que afectará especialmente al segmento “orientalizado” de la sociedad tartésica y en mucha menor medida al resto.

CARLOS G. WAGNER
Universidad Complutense